

para todos los estados (1). ¿Nospreciaremos de ser sus verdaderos devotos, de ser hijos de una Madre tan llena de virtudes, si no procuramos imitarla? Dolores, aunque no de la magnitud de los que padeció la Santísima Virgen, experimentamos en el mundo: aflicciones de mil géneros nos cercan: desgracias continuas nos rodean, y á cada paso tenemos motivos para derramar lágrimas de desconsuelo. ¿Fijamos nuestra vista en el ejemplo de María? ¿Somos sufridos en la adversidad? ¿Resignados en el dolor? ¿Nos hallamos conformes con la divina voluntad, cuando somos visitados por la desgracia? Si hasta aquí no lo hemos hecho, sea en adelante otra nuestra conducta. Seamos sus verdaderos devotos; alabémosla, respetémosla, amémosla, y procurando imitarla en cuanto posible nos sea, confiemos en su amor y nada temamos, no olvidando que los que la honran con devoción verdadera, alcanzan la vida eterna (2). De este modo mereceremos en la vida y en la muerte la protección de esa Virgen purísima, que siendo Madre de Dios por un privilegio del amor del Espíritu Santo, es también nuestra Madre por otro privilegio del amor de Jesucristo.

SEGUNDA PARTE.

Si para seguir en el terreno que nos hemos colocado desde el primer día del presente novenario, hubiésemos de examinar esta tarde todas y cada una de las profecías del Testamento Antiguo, para verlas

(1) Talis fuit Maria, ut ejus unius vita omnium sit disciplina. San Ambr., lib. 2 de Virg., cap. 2.

(2) Eccli. cap. XXIV. v. 31.

cumplidas exactamente en la persona de Jesucristo, emprenderíamos una tarea árdua é imposible de llevar á cabo si tenemos en cuenta el tiempo de que podemos disponer. Sin embargo, nos fijaremos en las principales y mas notables, y veremos su realización en el Dios-Hombre, objeto de las adoraciones del mundo, que por nosotros y por nuestra salud descendió del cielo.

En el imperio de Augusto, cuando Herodes reinaba en la Judea, se presentaron en Jerusalem tres monarcas del Oriente que seguían el curso de una misteriosa estrella que se les había aparecido en sus remotas regiones. La inspiración les había hecho conocer que se había verificado el nacimiento de un gran rey al que buscaban para hacerle objeto de sus adoraciones. Llenos de fé, penetran en la populosa Jerusalem exclamando: «¿Dónde está el que ha nacido rey de los judíos? Hemos visto su estrella en el Oriente y venimos á adorarle.» No vamos ahora á ocuparnos de la perversidad de Herodes ni de otros incidentes que no son en este momento á nuestro propósito. Los sacerdotes dicen que Belen era el lugar señalado por un Profeta para que se verificase el nacimiento del Mesías. Los magos salen de Jerusalem, siguen el curso de la estrella que de nuevo se les manifiesta, y como se fijase sobre una pobre y miserable gruta en las cercanías de Belen, penetraron en ella y vieron al tierno infante, objeto de sus deseos, envuelto en pobres pañales, y postrándose en su presencia le adoraron ofreciéndole dones de oro, incienso y mirra.

Escuchad ahora, cristianos, lo que había dicho David á través de los siglos en uno de sus salmos proféticos, hablando del Mesías. «En sus días nacerá

justicia y abundancia de paz... En su presencia se postrarán los de Etiopía... los reyes de Tarsis y las islas le ofrecerán dones: los reyes de Arabia y de Sabá le traerán presentes y le adorarán todos los reyes de la tierra (1).» ¿No se vé esta profecía exactamente cumplida en el tierno parvulito de Belén? ¿Sabeis de algun otro ante cuya presencia se hayan posternado los reyes de la tierra ofreciéndole dones? «En sus dias habrá abundancia de paz.» ¿En qué otra época que en la de la venida de Jesucristo ha reinado una paz tan universal? Entonces habian concluido todas las guerras siendo general la paz y tranquilidad del mundo. Augusto, que habia conseguido el triunfo de M. Antonio y de Cleopatra reina de Egipto, y que estaba adornado de los dotes de buen monarca, consiguió elevar su imperio al mas alto grado de esplendor. Así dice el P. San Agustín. «Cristo nació reinando Herodes en la Judea, y habiendo dado la paz á todo el mundo, César Augusto que gobernaba el imperio romano (2), lo cual afirman otros muchos escritores, así sagrados como profanos. Ved, pues, cumplida en todas sus partes la profecía de David.

Examinad ahora los vaticinios de Jacob y de David. El primero habia dicho: «No saldrá el cetro de Judá hasta que venga el que ha de ser enviado, el cual será la espectacion de las gentes (3). Aquí se señala perfectamente la época en que debia venir al mundo el deseado Reparador. ¿Fué en este tiempo cuando nació Jesucristo? La historia nos hace conocer que muy pocos años despues de haber salido el cetro

(1) Psalm. LXXI.

(2) Aug. de Civit. Dei. Lib. XVIII. cap. 46.

(3) Gén. cap. XLIX. v. 10.

de Judá, se verificó este grande acontecimiento. El historiador Josefo de tanta nota y reputacion, nos refiere que con la muerte de Antígono, que pereció en un patíbulo, acabó el último descendiente de los Macabeos, concluyendo la dominacion de los Asmoneos que habia durado ciento veintiseis años. ¿Apareció entonces en el mundo, á la salida del cetro de Judá, algun otro personaje á quien podamos dar el título de Mesías? ¿Y no es indudable tambien que por aquella misma época se cumplieran la setenta semanas de años anunciadas por Daniel? No hay duda, señores: Jesucristo es el verdadero Mesías anunciado en las Escrituras: es el prometido del Padre: aquel á quien Isaías saludara muchos años antes de su venida al mundo con los nombres de Admirable, Dios, Fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de eterna paz (1).

Avancemos un poco y contemplemos á Jesucristo desde que empieza á cumplir su mision de predicar por los pueblos de la Judea hasta que concluye su vida en el patíbulo de la Cruz, para resucitarse por su propia virtud al tercer dia, segun habia anunciado á los Apóstoles.

Habian transcurrido treinta años desde que la misteriosa estrella habia hecho descubrir á los Magos del Oriente el lugar donde encontraron al que habia nacido Rey de los judíos. Un judío oscuro, reputado hijo de un simple artesano y que no manifestaba en su exterior cosa alguna que le distinguiese de los demas hombres, abandonó repentinamente su retiro para predicar en el templo y en las sinagogas de Jerusalem. Era

(1) Isai. cap. IX.

el tierno Infante de Belen. Su objeto era nada menos que cambiar la religion de su pais, abolir todos los cultos difundidos en el mundo, como obra de la ignorancia é impostura, y reunir todos los pueblos bajo una misma ley que llegaria á ser comun á los judíos y gentiles, y que era una ley basada en la caridad. Asi hablaba de cosas de las que nadie antes que él habia hablado (1), y daba altísimas nociones de Dios, de su Providencia y de su Justicia.

Todas las obras de Jesucristo le dan á conocer como de una naturaleza superior á la de los demas hombres, como el Mesías anunciado por Moisés, David y los demas Profetas: como el Libertador anunciado y esperado hacia cuatro mil años: el Cristo cuya inmolacion voluntaria debia imprimir en su Persona el sello de un sacerdocio y reinado eterno. Sus grandes milagros y estupendos prodigios de los que nos ocuparemos en el discurso siguiente, testificaban su doctrina y daban testimonio de su divinidad, pero no sirvieron para que el pueblo judío tenaz y obcecado le reconociese. Se cumplia de este modo otra de las antiguas profecías: *Israel tendrá ojos y no verá, oidos y no oirá* (2).

Vamos, por último, á fijarnos en diversos vaticinios en orden á los padecimientos del Salvador. Contempladle en los tribunales: *Jesus tacebat*: Jesus callaba. Oid lo que Isaias habia dicho á través de los tiempos: « Se ofreció porque él mismo lo quiso, y no abrió su boca: como oveja será llevado al matadero, y como cordero delante del que lo trasquila obedecerá y

(1) Nunquam sic locutus est homo. Joan cap. VII, v. 46.

(2) Habentes oculos non videtis, et aures, et non auditis. Jeremias V, v. 18.

no abrirá su boca (1). En uno de los tribunales recibe una cruelísima bofetada, en todos es maltratado é injuriado: en la calle de la Amargura y en el Calvario recibe los mayores improperios. Ved como el mismo Isaias lo habia anunciado: « Mi cuerpo di á los que me herian y mis mejillas á los que mesaban mi barba: mi rostro no retiré de los que me injuriaban y me escupian (2). » Cuando fatigado en la Cruz esclama: *Sitio*: Tengo sed, aplican á sus lábios una esponja empapada en vinagre, cumpliéndose lo que habia dicho el coronado Profeta: « En mi sed, me dieron á beber vinagre (3). » Aquella hiel de dragones, que decia Moisés á su pueblo, aquellas uvas de hiel estaban reservadas para el mansísimo Cordero de Judá (4).

Basta señores: contemplad á Jesucristo pendiente del madero de la Redencion: se halla tan descoyuntado que pueden contarse todos sus huesos como habia dicho David. *Dinumeraverunt omnia ossa mea* (5). ¿Qué obcecacion la de los sacerdotes que jactándose de entendidos en las Escrituras, no veian como se iban realizando de un modo tan admirable todas las Profecías en la Persona de Jesucristo. Pero no es á ese pueblo infiel y deicida al que yo debo hacer objeto de mis cargos en este momento, sino al pueblo cristiano: á esos hombres que aun quisieran nuevos prodigios para creer en el Redentor. ¡Desgraciados de los que no quieren aprovecharse del fruto del árbol divino del Calvario! Nosotros pues que reconocemos en Jesucristo al verda-

(1) Isai. cap. LIII, v. 7.

(2) Ibid. cap. L, v. 6.

(3) Et dederunt in escain meam fel: et in siti mea potaverunt me aceto. Psalm. LXVIII, v. 22.

(4) Deuter. cap. XXXII, v. 33.

(5) Psalm. XXI, v. 18.

dero Mesías, al Hijo de Dios Salvador de la humanidad, prosternémonos al pié de su Cruz santa, y ofreciéndole homenajes de gratitud por lo que padeció por nuestro rescate así como á la purísima María, por lo que á esta obra cooperó con sus dolores y grandes padecimientos, permanezcamos siempre en el seno de la religion salvadora, y si el espíritu filosófico, si el escepticismo moderno nos llama para que sigamos las sendas del error, contestemos con fé: Jamás nos apartaremos de Jesucristo, le amaremos en la tierra, para alabarle despues por siempre en las mansiones del cielo. *Amen.*

SERMON

PARA EL CUARTO DIA DE NOVENA.

Et clamans voce magna Jesus ait. Pater, in manus tuas commendo spiritum meum: et hæc dicens, spiravit.

Y Jesus dando una gran voz dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu; y diciendo esto, espiró.

Luc. cap. XXIII, v. 46.

Habiase consumado, mis amados oyentes, la grande obra de la Redencion de la humanidad; el mansísimo Cordero de Judá habia sido sacrificado entre las mayores afrentas y tormentos: Aquel que habia dicho á sus discípulos: *El Hijo del Hombre será entregado á los gentiles, y será escarnecido y escupido; y despues que le azotaren le quitarán la vida, y resucitará al tercero dia, se hallaba ya pendiente de la Cruz.* Todos los vaticinios se habian realizado, y el Príncipe de eterna paz se presenta ya elevado entre el cielo y la tierra, ofreciéndose hostia purísima por la salud del hombre. Fué vencida la soberbia, y humillado el príncipe de las tinieblas. Jesus sufre las mayores agonías; las agonías de la muerte y de una muerte tan cruel; pero su corazon se hallaba satisfecho, y su pensamiento fijo esta-